El pirata Mofeta y la jirafa coqueta

(1.ª parte)

Iba una jirafa por la espesa selva,

alta, elegante y bella, ella.

Acompañada de un ciervecillo joven, que aún no tenía cuernos y se había perdido de sus padres.

La jirafa se encontró un cofre de madera,

junto a una palmera.

-¿Qué será esto? ¿Aquí que habrá? ¿Qué habrá?

-¡Abra y lo sabrá!

La jirafa, abrió el cofre-caja con una pata y...

-¡Ahí va! ¡Es un tesoro! ¡El tesoro de oro del moro! ¡Cientos de collares!

¡Collares de piedras preciosas, diamantes, brillantes y perlas como melones...

La jirafa se puso todos los collares y, presumida y coqueta, se miró en el espejo de las aguas del lago y le dijo:

-Lago mágico, dime; ¿hay otro animal en la selva más bello que yo?

El lago, como es natural, no contestó.

¡Soy bellísima! ¡Soy bellísima! -decía la jirafa excitadísima-, y se inclinó para beber agua, y al terminar de beber... ¡Ay, hay que ver...

No podía levantar el cuello por el peso de los collares y se quedó paralizada como una estatua, sin poder andar, sin poder levantar la cabeza...

-¡Ay que me deslomo, me desmorro y ahora... ¿Cómo como?

(Las jirafas tienen el cuello tan largo, porque sólo comen las altas ramas de los árboles, estirando el cuello que Dios les dio.)

La jirafa coqueta intentó andar y la pata derecha se le encogió de un calambrazo y se quedó como un trípode sin fotógrafo. Cojeando se apoyó en una palmera para no caerse.

La jirafa coqueta y alhajada, empezó a llorar por primera vez.

-¡Ahí está, muchachos!, -gritó el pirata Mofeta a sus compañeros.

-¿El qué está?

-¡El tesoro!

-¿Dónde?

-En el cuello de esa jirafa.

-¡Uy, qué cuello de oro! ¡Qué porta-anginas millonaria! ¡Hay que matarla!

-No, no seas bruto Sisebuto. No hay que matarla, además nos daría mala suerte. Recordad que no hemos venido a matar, sino a robar, que es otro verbo más humano.

-Entonces... ¿Disparamos los dardos para dormirla?

-Eso sí. ¡Preparados! ¡Disparad a la cabeza! ¡Ya!

-Oiga, jefe. ¿Por qué a la cabeza? La tiene tan pequeñita, que es difícil no dejarla tuerta. ¿Disparamos al cuerpo?

-¡No, he dicho que a la cabeza y aquí mando yo!

-¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

-Como si nada. Esta Jirafa no se duerme ni con nanas...

-¡Pum! ¡Pum!

-No queda más anestesia jefe. ¿La dormimos a garrotazos?

-No seas bruto, Sisebuto -dijo el Mofeta.

El grupo de los cuatro hombres compuesto por el Mofeta, Sisebuto, el Peludo y el Lirio, que no eran ni cazadores, ni exploradores, sino piratas modernos, se empezaron a poner nerviosos. Caía la noche y no caía la jirafa.

* * *

-Hay que hacer algo -dijo el Mofeta.

-Hay que quitarle los collares como sea.

-¿Cómo?

-Trepando rabo arriba hasta el lomo, y cabalgando lomo arriba hasta el cuello.

-¿Y quién la alcanza el rabo si casi no tiene, criatura, y además, el rabo está a seis metros de altura?

-¡Pues..., patas arriba!

-No es posible, Mofeta, trepar patas arriba por esa piel sedosa, se escurre uno, y además si se lía a dar coces, ¿qué?

-No digo que trepéis patas arriba, digo que pongáis al bicho patas arriba y unos la sujetamos y otros la desjoyan...

Dos horas tardaron en derribar a la jirafa.

Les costó más trabajo que volcar un autobús.

A la pobre jirafa le dolían todos los huesos, pero ella sólo sentía el largo dolor de sus cuatro metros de garganta hinchada, y de sus cuatro metros de anginas, aprisionadas por los collares.

Aunque la jirafa, ya echada sobre el suelo, se estaba quieta, la ataron el hocico y las patas para mayor seguridad y con tenazas y alicates empezaron a arrancarle los collares.

-¡Cuidado! ¡A ver si nos da un cuellazo! -dijo Sisebuto.

-No está para ello. ¿No ves que no puede mover el cuello? -contestó Mofeta.

-¡Jolines delfines! ¡Lo que hay que trabajar por no querer trabajar! -suspiró el Lirio.

* * *

Toda la noche trabajaron sudorosos a la luz de la luna, que hacía brillar a los brillantes como pequeñas estrellas sobre la hierba.

Terminada la operación-robo, desataron a la jirafa,

guardaron los collares preciosos,

en un saco horroroso,

y emprendieron el camino a través de la selva.

Llevaban andando un par de horas, cuando de pronto Sisebuto se desmandó, sacó su revólver oxidado y gritó enloquecido:

-¡Arriba los monos! ¡Arriba los monos!

Mofeta y los otros dos piratas, se pararon, con los brazos en alto, asustados, temiendo ser traicionados por Sisebuto.

-¡He dicho arriba los monos!

Todos los monos que andaban jugando por el suelo, saltaron arriba de los árboles.

-¡Vaya susto, me tiembla el busto!

-Eres un bruto, Sisebuto. Te habíamos entendido: ¡Arriba las manos!

-Perdonad colegas, es que los monos me ponen los nervios nerviosos.

* * *

Los cuatro piratas siguieron caminando, caminando...

Iban muertos de sueño, sin dormir.

Iban muertos de hambre, sin comer.

Iban millonarios, sin botas. Iban millonarios, pero parecían pobres pobres, hambrientos y no se podían hacer un bocadillo de perlas y brillantes, porque ni siquiera tenían pan.

* * *

Así, la banda de el Mofeta, ya dueños del gran tesoro, seguían andando

andando, descalzos, medio desnudos, sedientos, hambrientos, camino del embarcadero del río Grande, que estaba aún a cien kilómetros de distancia, a unos diez días sin dejar de andar...

No sé si llegaron al río, porque los perdí de vista. Regresé a donde dejaron a la jirafa y..., allí estaba el animalito. Se había puesto en pie, mordisqueaba las hojitas tiernas de lo alto de la palmera.

Tenía pequeñas heridas en el cuello. Y aunque es muy difícil notar cuando una jirafa está alegre, yo lo noté: la jirafa estaba feliz.

Y también la oí que decía muy bajito:

-¡Qué buena gente hay en el mundo!

Esos hombres me han salvado.

¡Qué bien se vive sin joyas!